



tímulo sensorial o pretexto intelectual para desencadenar el ingenio verbal que confería trascendencia al ruido y la furia bulliciosa de la vida y perennidad al anecdótico y el cotilleo desenfadado.

Hoy sabemos que lo inaudito y excepcional de esa realidad descrita provenía, en gran medida, de los efectos especiales de la prosa extravagante y el estilo inimitable de Wolfe. El fastuoso mundo que Wolfe plasmó durante los años sesenta y setenta, era del esplendor y éxtasis de la cultura americana, podría suscitar la envidia de cualquier novelista persuadido de que el negocio de la ficción pasa por la creación de un mundo convincente y contundente. Esto Wolfe lo poseía sin necesidad de recurrir a otros artificios que los de su exuberante escritura para dar cuenta de un mundo en movimiento y transformación permanente.

Por otra parte, sus retratos de personajes sobresalientes de aquellas décadas gloriosas se situarían entre el toque pop de Andy Warhol y la pincelada mundana de Alex Katz, entre la inmortalización glamorosa del icono de moda y la estilización cromática de su fisonomía anímica. Pero aún faltaría el ingrediente esencial. La ironía corrosiva, el humor circense, la agudeza mental y la cómica exageración con que la voz wolfiana atrapa la verdad vital de sus retratados y los encuadra, sin perder nunca de vista el detalle escandaloso, en un marco social y cultural mucho más vasto y significativo.

Esta dimensión convierte la lectura actual de estos prodigiosos textos en una impensada danza de la muerte de la segunda mitad del siglo XX. Un réquiem metafísico por los que ya no están, cuya influencia se desvanece con el paso inexorable del tiempo. Qué fue de estos grandes personajes, es la pregunta inconsciente que remata muchas de estas crónicas imperecederas de un tiempo extinto, como su autor.